

jante á sí mismo, (1). También eso es poesía. Las máximas evangélicas acerca de la perfección, ¿son acaso la expresión de la verdad absoluta? ¿Por qué se ha hecho de ellas, por la Iglesia católica, simples consejos? Y ¿por qué se ingenian los protestantes á interpretarlas de modo que se las concilie con las exigencias de la vida real? Las exagraraciones de Rousseau no servían más que para dar armas á los defensores de las supersticiones cristianas contra los libres pensadores. De consiguiente, los incrédulos han hecho bien en repudiar el respeto tradicional y un poco ostentoso que se afecta tener á la majestad del Evangelio: esa es una cadena que ata al espíritu humano, y hay que dar gracias á los incrédulos de que la han roto.

Otro tanto diremos del entusiasmo que la gran figura de Jesucristo inspira á Rousseau y á todos los que, como él, hacen poesía. Nada más legítimo mientras que no se quiere hacer del Cristo un Dios; pero Rousseau llega hasta ese punto: no quiere que se compare con Sócrates al Hijo de María: es una preocupación, exclama, es una ceguera, cuando no sea insigne mala fe. "Si la vida y la muerte de Sócrates son las de un sabio, la vida y la muerte de Jesús son las de un Dios." Responderemos al entusiasmo con el buen sentido. Voltaire fué el que se encargó de dar esa lección á su émulo, y preguntó á Rousseau: ¿Habéis visto morir dioses? ¿mueren los dioses? (2). Si los filósofos se extraviaban en ese galimatías cristiano, aun sería conveniente que hubiera incrédulos que pusiesen término á ese fetichismo. Esa es la más fuerte de las cadenas de que se sirve la Iglesia para embridar el libre pensamiento: ¡gloria á los incrédulos por haber roto sus hierros!

## IV

La filosofía, en manos de pensadores simpáticos al cristianismo, amagaba ser fatal á la libertad de pensar. Inútilmente demolió Rousseau con una mano la revelación milagrosa, pues la levantaba con la otra mano. Voltaire no tenía esas contemplaciones, de las cuales le preservaba su buen sentido; pero había en él otra preocupación no menos fatal á los progresos de la libertad de pensar: que-

(1) ROUSSEAU, *Émile*, lib. IV.—*Lettres de la Montagne*, III.

(2) ROUSSEAU, *Émile*, lib. IV.—VOLTAIRE, *Dieu et les hommes*, c. XXXV.

ría una libertad completa para los filósofos y para aquellos á quienes su cultura intelectual permitía leer los escritos de los filósofos; pero creía eternamente incapaz á la gran masa de los hombres de pensar libremente, y condenada, por lo tanto, á vivir sumida en la superstición hasta el fin de los siglos. Voltaire habla de las clases no ilustradas con un soberano desprecio. "La canalla es y será siempre la misma; pero las *personas decentes* comienzan á pensar desde un extremo á otro de la Europa." "La filosofía no será nunca alimento del pueblo: la canalla de hoy es igual en todo á la canalla que vegetaba hace cuatro mil años." (1). Hé ahí un pensamiento bien degradante hecho para desesperar á los que creen en la verdad. ¿Cómo ¿La filosofía no estaría hecha más que para un pequeño número de *personas decentes*? Y ¿había de permanecer siempre la masa de los hombres siendo canalla! Si por filosofías se entienden las altas especulaciones de la ciencia, no hay duda que será siempre inabordable para la inmensa mayoría del género humano; pero cuando Voltaire hablaba de las *personas decentes* que comenzaban á pensar, de seguro no se ocupaba de los metafísicos, porque él mismo no lo era; hablaba de las clases acomodadas, de todos aquellos que tienen desahogo para pensar. Si el pueblo no tiene tiempo para entregarse al estudio, ¿quiere eso decir que se le pueda alimentar con supersticiones? Los pobres, por más que lo sean, no se alimentan de venenos, si su pan es más negro, siempre es pan. ¿Por qué la verdad no se les había de comunicar como se les comunica el error? Nuestra suposición es una realidad. En las sectas avanzadas del protestantismo se han rechazado ya las supersticiones cristianas; se habla á los hombres el lenguaje de la verdad desnuda, y los hombres comprenden ese lenguaje. Entre los protestantes ya no hay canalla en el sentido de Voltaire; y si la hay entre los católicos, ¿no será culpa del catolicismo? Y si es así, ¿no es un deber de los filósofos el difundir la luz por todas las clases de la sociedad?

¡Cosa notable! Los incrédulos de peor nota, los ateos y los materialistas, tenían una idea más alta de la especie humana que Voltaire, y comprendían mejor que él los deberes de la filosofía. Oigamos

(1) VOLTAIRE, *Lettre du 9 mars 1770* (*Œuvres*, t. LV, p. 291); *Lettre de 1775* (t. LVII, p. 64).

al barón de Holbach, el jefe de los ateos: "Me decis que el sabio debe pensar para sí solo, y que es necesaria una religión, buena ó mala, para el pueblo; que este es un freno indispensable para los entendimientos sencillos y rudos, sin lo cual no tendrían motivos para abstenerse del vicio y del crimen. Consideráis imposible la reforma de las preocupaciones religiosas." Hé ahí la eterna cantinela de los que piensan que la superstición es buena para el pueblo, vulgar preocupación de que debiera haberse preservado Voltaire. De Holbach responde por de pronto que la verdad no puede dañar nunca: "No daña más que á aquellos que engañan á los hombres; pero será siempre útil al género humano. Nuestros males, ¿acaso no proceden de nuestros errores, de nuestras preocupaciones y de las falsas ideas que formamos de los objetos? En efecto, son las preocupaciones religiosas las que han corrompido la política y la moral. ¿No son las ideas religiosas y sobrenaturales las que han hecho mirar á los reyes como dioses? Es, por tanto, la religión la que ha engendrado los déspotas y los tiranos." (1). ¿Se puede decir después de esto que haya errores útiles al género humano y que el mundo quiere ser engañado? "Verdad es, responde Holbach, que el error puede ser útil á los que están interesados en engañar al género humano; pero por eso mismo es funesto á toda la especie humana. El mundo quiere ser engañado, porque se le ha habituado de tal modo á serlo y se ha hecho tanto por ahogar su razón, que se imagina ya que sus errores son necesarios para su felicidad. Asegurar que hay errores útiles es tanto como decir que hay objetos que es conveniente que los hombres no vean ni entiendan; y que sería peligroso enseñarles las causas y los remedios de las enfermedades que los atormentan." (2).

De Holbach llega, por último, á la famosa distinción de *personas decentes* y *canalla*; y siendo materialista, la encuentra injuriosa para el género humano, en lo cual tiene mucha razón contra Voltaire. "Si el hombre es un ser racional, no le hagamos la injuria de creer que no le conviene la razón: digamos que aún su razón no está suficientemente desarrollada. Á fuerza de caídas es como el niño aprende á andar. No digamos que el hombre es in-

(1) *Le christianisme dévoilé*, Prefacio, p. 3 y 5.

(2) *Le système social*, 1.ª parte, c. II.

corregible, con lo cual no haríamos más que desalentarle; digamos que no está formado para ser siempre un niño infeliz; digamos que la verdad es bastante poderosa para minar poco á poco los vanos edificios de la mentira, y que no por ser lenta es menos segura la acción de la verdad. Á pesar del lento paso á que marcha la razón, el negar sus progresos sería cerrar los ojos á la luz. Nosotros somos visiblemente menos ignorantes, menos bárbaros, menos feroces que nuestros padres, y nuestros padres lo eran menos que sus predecesores. Sin duda fué en los tiempos en que los hombres eran más estúpidos cuando las luces de la razón debieron encontrar menos fácil su recepción; y, sin embargo, esas luces han sido más fuertes que la barbarie de los pueblos, aun cuando ésta les oponía la mayor resistencia. ¿Por qué motivos habíamos de dudar hoy de las fuerzas de la razón y de la gran masa de luces, cuando han de encontrar menos resistencia y entendimientos mejor preparados? Si la razón no hace progresos más sensibles, es porque los hombres pusilánimes desconfían del poder de la verdad. Las preocupaciones universales se imponen por su fuerza, por su extensión y su duración, aun á los entendimientos más ilustrados, y hacen que muchas veces desesperen del género humano. Hay muy pocas personas que se atrevan á combatir de frente los errores universales. Pero para servir útilmente á los hombres, es preciso tener el valor de desagradarles; y se necesita apelar de sus prejuicios á su razón más ilustrada. ¿Se haría nunca bien alguno si se temiese siempre hallar ingratos? ¿Qué sería del mundo si no se hubiesen encontrado entusiastas bastante valerosos para protestar audazmente contra las preocupaciones de su época." (1).

Nobles palabras las de Holbach, que aplaudimos sin reserva. Pero ¿en qué consiste que los materialistas hayan tenido más fe que los deístas en el poder de la razón? Eso ¿no probaría que en la doctrina de Holbach había otra cosa más que materialismo? No somos partidarios del ateísmo; decimos solamente que la filosofía que enseña ese entusiasmo ferviente por la verdad debe tener algún otro móvil más que el de una negación. La nada no ha inspirado nunca entusiasmo, ni abnegación, ni sacrificio. Se ha dicho que el ateísmo del siglo XVIII

(1) *Le système social*, 3.ª parte, c. XII.

era una religión, y hay verdad en ello, aunque parezca que la frase implica contradicción. Y es que aquel ateísmo no era, en realidad, más que la negación del Dios de los cristianos. Abramos el libro que resumen todas las impiedades de la filosofía incrédula. El *Sistema de la naturaleza* predica el ateísmo en cada página; pero ¿cuál es el Dios contra el cual se encarniza? Los que combaten el politeísmo y la falsa idea que da de la divinidad no pasan más por ateos. Pues bien, á los ojos de los incrédulos del último siglo, el Dios de los cristianos equivalía á los dioses de los paganos.

Que los ortodoxos no se escandalicen y oigan: "El Dios de los cristianos, dice Holbach, nos castiga en este mundo y nos castigará en el otro por ignorar su esencia inconcebible y sus oscuras voluntades." ¿Es esto cierto, sí ó no? No sutilicemos, dejemos las argucias á los jesuitas. La fe ortodoxa, ¿no es para todo católico una condición de salud? Así se dice en el catecismo con todas sus letras. Y el primer artículo de la fe, ¿no es la Trinidad? Y la Trinidad, ¿no es una cosa inconcebible? Pues el católico que se obstinase en no creer en ella sería hereje, y, por lo tanto, condenado. "El Dios de los cristianos, continúa Holbach, nos castiga por las culpas de nuestros padres; y en virtud de esos decretos fatales, y á despecho de nosotros mismos, venimos á ser sus amigos á sus adversarios, y sus caprichos despóticos deciden de nuestra eterna salvación." (1). ¿Es eso cierto, sí ó no? ¿No es eso lo que llaman los teólogos predestinación, gracia y pecado original? ¿No enseña San Agustín que el número de los elegidos está predestinado desde toda la eternidad? ¿No dice que los elegidos no pueden sucumbir, que Dios les hace violencia, mientras que endurece el corazón de los réprobos? Pues es á ese Dios-verdugo, á ese Dios-tirano, á ese Dios-monstruo, al que niega Holbach su adoración. Él mismo lo dice en la plegaria que pone en boca del ateo: "¡Oh Dios, motor inconcebible y oculto á quien no he podido descubrir! Perdona si mi corazón sensible no ha podido distinguir tus augustas facciones bajo las de ese tirano feroz que el supersticioso adora temblando. ¿Podía yo reconocer la voz de un ser lleno de sabiduría en esos oráculos ambiguos y contradictorios que tantos impostores han publicado en tu

(1) *Système de la nature*, 2.<sup>a</sup> parte, c. II.

nombre? *Si he hablado mal de ti, es porque mi corazón, demasiado humano, se ha sublevado contra el odioso retrato que se ha hecho de ti.*" (1). Nosotros diremos sin vacilar que, si todos los que no creen en el Dios de San Agustín son ateos, el mundo está lleno de ateos; y ¿qué digo? la Iglesia misma reboza de ellos.

El Dios de la teología cristiana ya no es el nuestro; no solamente repugna á nuestra conciencia, á la idea que tenemos del Ser soberanamente perfecto, sino que, además, vicia la moral. Hay, pues, que agradecer á los pretendidos ateos del último siglo el haber descubierto la oposición que existe entre la moral y el cristianismo tradicional. El autor del *Sistema de la naturaleza* observa con razón que lo que hace la fuerza de la religión es el que se la considera como el apoyo más firme de la moral, pretendiendo que sin ella no habría costumbres. "Por medio de ese artificio, dice, seduce á los sabios, los cuales creen de buena fe que la superstición es útil á la política, puesto que es necesaria para contener las pasiones. Para encubrir sus odiosas facciones, esa hipócrita superstición supo siempre cubrirse con el velo de la utilidad y bajo la égida de la virtud, y por ello se creyó que era necesario respetarla y hasta disculpar la impudicia, así convertida en baluarte de los altares de la verdad. De esos atrincheramientos debemos arrojarla para descubrir ante el género humano sus locuras y sus crímenes, para arrancarla la máscara engañosa que la cubre y para enseñar al universo sus manos sacrílegas armadas de puñales homicidas y manchadas con la sangre de los pueblos; que embriaga con sus furiosos ó que sacrifica sin piedad á sus inhumanas pasiones." (2).

Los incrédulos del último siglo están en lo cierto cuando atacan las falsas nociones de la teología cristiana; pero se engañan cuando destruyen, no tan sólo el cristianismo tradicional, sino toda religión. Pero ese error fatal es menos imputable á ellos que el catolicismo; y aun con respecto al cargo de materialismo que se les dirige, hay mucho que decir. Cierto es que querían destruir toda religión, si por ésta se entiende una revelación milagrosa de la fe; pero si la religión se identifica con la moral, no es cierto que la hayan querido des-

(1) *Système de la nature*, 2.<sup>a</sup> parte, c. X.

(2) *Le système social*, 2.<sup>a</sup> parte, c. XIV.

truir: lejos de eso, la guerra á muerte que hacían al cristianismo tradicional no tenía otro objeto que el de depurar la moral, separándola de la aleación impura de las supersticiones católicas (1). Para ellos, la moral era una religión, y tenían razón. ¿No se dice hoy en el campo de la Reforma que el cristianismo es esencialmente una religión moral? Pues los materialistas estaban en la senda del porvenir; no cometían más que una falta, que es grande, la de desterrar á Dios de su doctrina. Pero si le han desterrado, es porque no conocían más que un falso Dios; no habían llegado á despejar la noción del Ser Supremo de los errores que la vician. Resulta, sin embargo, que su moral estaba viciada en su esencia. Para apreciarla con equidad era preciso no ver en ella una creencia perfectamente definida, sino una reacción contra la teología cristiana. En ese movimiento, ordinariamente irreflexivo, hay principios verdaderos al lado de errores funestos.

La causa del materialismo ¡cosa singular! ha encontrado acogida en la patria del pensamiento, en Alemania. Para condenarle basta ver las consecuencias á que conduce en el terreno de la moral: la virtud viene á ser una cuestión de utilidad, un instrumento del bienestar. También en la doctrina cristiana es interesada la moral y falsa por lo tanto; pero al menos el fin supremo que presenta á los fieles es una bienaventuranza espiritual; y por ese medio aparta á los hombres de las tentaciones más fuertes y más viles que le asedian y que le pierden. Los ateos no conocen ya más cielo que el placer. Sin duda que para los que tengan el corazón puro y la inteligencia ilustrada, el placer consistirá en buscar la verdad y en hacer el bien; pero ¿es así como se interpretará y aplicará en la edad de las pasiones la moral del placer? No, ese no es el ideal de la humanidad; en él no hay de verdadero más que la reacción contra un dogma que, á fuerza de espiritualizar al hombre, le aniquila ó le hace hipócrita. Los materialistas tenían razón en combatir el espiritualismo desordenado que hacía decir á Pascal que la enfermedad es el estado natural del cristiano, y tenían razón en rechazar un concepto de la vida que condujo á Pascal á suicidarse flagelándose. Sí, la religión del placer es más verdadera que la religión de la fla-

(1) *Morale universelle*, Prefacio.

gelación, como ha dicho un espiritual discípulo de Hegel. El placer está en la naturaleza, nos viene de Dios, abre el alma á todos los buenos sentimientos de piedad, de caridad, de amor y hasta de sacrificio y de abnegación, mientras que la devoción cristiana lleva al desierto ó al claustro á los que á ella se entregan; si permanecen en sociedad con sus semejantes, huyen de ellos; no están preocupados más que de su salvación; y como están convencidos de que no se encuentra fuera de su estrecha iglesia, detestan cordialmente á todos los que no participan de sus creencias: la caridad que tienen siempre en sus labios no se manifiesta más que por el odio. ¿Hacían mal los incrédulos en combatir una religión que desfigura á los hombres y los convierte en feas caricaturas? (1).

Ahora que ya conocemos el por qué vinieron los incrédulos después de los filósofos cristianos y de los deístas, podemos ya reconciliarnos con su ateísmo. No es éste, como dicen los modernos ortodoxos, el último término de toda filosofía; más exacto sería decir que es el abismo adonde conduce el catolicismo. Se dirá que esto es una calumnia, y que es un enemigo del cristianismo el que emplea ese lenguaje. No. Son pensadores cristianos los que lo dicen. Ya el piadoso Semler, contemporáneo de los filósofos, hizo la defensa de los incrédulos, aunque nada le fuera más antipático que la incredulidad, y dijo que sus escritos hacen más bien que mal, porque sus golpes no caen más que sobre el cristianismo de los teólogos y no sobre la religión del Cristo (2). Un ministro unitario, Parker, ha hecho la misma justicia á los filósofos del siglo XVIII, y no toma al pie de la letra sus ataques contra la religión, porque no hacen la guerra á la verdadera religión, la cual desconocen; y no conociendo más que una forma de cristianismo, la religión católica, confundieron esa forma pasajera con la esencia; en realidad, la que demolian era la religión romana, y esa demolición era necesaria; se necesitaba hacer tabla rasa de las supersticiones para levantar un nuevo edificio, el del cristianismo progresivo. Si traspasaron la meta, si abrigaron duda acerca de las verdades fundamentales de toda religión, hay que compadecerlos y no acusarlos, porque la duda es un padecimiento, y quizá el mayor de todos. En

(1) FEUERBACH, *Bayle* (WERKE, t. VI, p. 167).

(2) SEMLER, *Versuch einer freieren theologischen Lehrart*, página 77.

este sentido se pueden comparar los incrédulos con los mártires: éstos sufrieron tormentos físicos para fundar una religión nueva; aquéllos han sufrido tormentos morales para preparar un nuevo desarrollo de la religión (1).

Los nombres de Semler y de Parker serán sospechosos para nuestros ortodoxos, que en medio de la estrechez de su espíritu no comprenden que exista cristianismo fuera de su pequeña Iglesia. Les citaremos otra autoridad; cierto que también procede de la Reforma, pero *Vinet* es tan apegado á las creencias esenciales del cristianismo, que para negarle el título de cristiano sería preciso ser más que ortodoxo. Oigamos, pues, el juicio que un hombre de tan profunda fe forma del jefe de los incrédulos: "Voltaire desempeñó la tarea para la cual había sido enviado; destruyó. Se parece á uno de esos invasores de pueblos que, como Genserico, reciben por consigna: *Marcha en dirección á los pueblos donde sopla el viento de la cólera de Dios*. Ha destruido el bien y el mal, porque como andan mezclados en el mundo, no se puede pegar al uno sin herir al otro. Después de todo, se ha ensalzado á Voltaire por toda esa destrucción; pero no se toma en cuenta que todo iba ya sucumbiendo, y que él no ha dado muerte más que á un moribundo. Lo mismo habría muerto de gangrena, aunque hubiese durado algún tiempo más; lo que hizo fué acelerar el tiempo y convertir una enfermedad crónica en enfermedad aguda. Un síntoma infalible del mal era la flaqueza del bien. Se dirá que Voltaire ha destruido la fe, la moral y el cristianismo; pero ¿dónde estaban la fe y el cristianismo? ¿No había sido todo ello herido mortalmente en tiempo de Luis XIV? Obsérvese bien el estado en que se hallaba el partido á quien combatía Voltaire. Ni la Iglesia galicana ni la reformada pudieron poner enfrente de él un solo hombre. La ciencia teológica no se había renovado desde Bossuet; la filosofía abandonaba á los defensores del Evangelio, que es de suyo una filosofía; después de todo le faltaba la vida. Y no hubieran bastado los libros para cambiar la marcha del siglo; era indispensable la energía de la acción. Aparte de que había que consumir un acto de venganza, había que realizar un acto de justicia, había que expiar siglos enteros. El cristianismo, al hacerse un poder en la tierra,

(1) PARKER, *Werke*, t. IV, p. 290, 292.

había tomado un elemento corruptor y pronunciado con ello su propia sentencia; era preciso que fuera enviado al desierto. *Toda la obra de Voltaire ha sido una necesidad y una preparación*, (1). Estamos de acuerdo con *Vinet*, sólo que no entendemos como él la preparación. Nosotros creemos en un cristianismo perfectible y progresivo, pero no en una religión ideal predicada por el Cristo.

## § II.—Los deístas y la revelación.

### N.º 1.—¿Qué es el deísmo?

La palabra deísmo es tan vaga que se puede aplicar á las más contrarias opiniones. Bajo cierto sentido, los más ortodoxos cristianos, protestantes ó católicos, se pueden llamar deístas. Y por otra parte, deísmo es sinónimo de incredulidad y casi de ateísmo para muchos fanáticos. Los deístas ingleses no han ocultado su bandera, y se llaman libres pensadores. Uno de ellos ha escrito un libro acerca de *la libertad de pensar* (2), y todos permanecen fieles á esa doctrina. Ya hemos encontrado el libre pensar en los filósofos que pretendían identificar la fe y la razón. No hay pensador más audaz y más libre que Descartes dentro de ciertos límites. En la esfera de la filosofía no quiere aceptar más que aquello que su razón le demuestre con evidencia. Pero todo lo audaz que es en el terreno filosófico es de pusilánime en cuanto la filosofía se roza con la fe. En tratándose de la revelación, Descartes cree á cierra ojos; ¿y qué digo creer? hasta renuncia al uso de su razón en las mismas cuestiones de ciencia, cuando la Iglesia tiene por conveniente imponerle silencio en nombre de la fe. Eso era una inconsecuencia á la vez que una abdicación de los derechos de la razón. Los deístas ingleses, mucho más lógicos, proclamaron la libertad absoluta de pensar: su misión era la de aplicar á la religión el criterio de la evidencia que Descartes quería limitar á la filosofía.

Oigamos á uno de los más claros talentos que ilustraron el deísmo. Shaftesbury dice que la libertad de pensar constituye la esencia del entendimiento humano. El hombre no tiene más misión que la de trabajar por su emancipación, porque no

(1) VINET, *Histoire de la littérature française au dix-huitième siècle*, t. II, p. 172.

(2) COLLINS.

es hombre en toda su plenitud cuando no es libre. No hay duda que debe amar y adorar á Dios, como dicen los teólogos; pero ese mismo amor y esa adoración exigen la libertad más completa. ¿Se concibe acaso un amor impuesto ni un culto forzado? ¿Es amar el obedecer como esclavos á una ley que se nos impone con la amenaza de un castigo? ¿Es adorar á Dios el practicar un culto con la esperanza de una recompensa? Eso equivaldría á decir que los esclavos aman á su dueño porque se someten á su látigo, y que le adoran porque le adulan para obtener un agasajo cualquiera. Shaftesbury compara los cristianos á un grupo de mendigos que rodea á un carruaje: los bisoños se contentan con tratar de *usted* á las personas que imploran; pero los viejos y marrulleros les dan siempre el tratamiento de *Excelencia*, diciendo para sus adentros: si en el carruaje viene un verdadero *Excelencia*, nada aventuramos; y si es un aceitero, se pavoneará al verse tratado de *Excelencia* y la limosna será mayor. ¿Quiere acaso Dios ser tratado como un droguero? ¿Exige, por ventura, que los hombres á quienes ha dado el hermoso don de la libertad se hagan esclavos voluntarios para agradecerle? ¿Hay concepto más innoble de la divinidad y puede rebajarse más á los hombres á quienes Dios ha hecho libres? (1).

Si el deísmo significa libertad de pensar, dicen los ortodoxos, es enemigo del cristianismo, y aun de toda religión, porque el libre pensar destruye la fe. ¡Singular razonamiento! responde Shaftesbury: el primer artículo de toda religión, la primera creencia que la sirve de base, ¿no es acaso la creencia en Dios? El que se llama deísta es por ello mismo religioso; y si es religioso, ¿cómo podría destruir la religión? Hay, en verdad, formas religiosas que el deísmo reprueba; y así rechaza el politeísmo como rechaza el ateísmo. ¿Será acaso el cristianismo politeísta? Si no lo es, es muy compatible con el deísmo; y aun hay más: para ser buen cristiano es necesario principiar por ser un firme deísta. Los ortodoxos objetan que el deísmo excluye toda otra creencia, especialmente los misterios y la revelación. Ni aun eso es cierto, responde Shaftesbury: el que cree en Dios puede creer también que Dios se ha revelado á los hombres. Dudamos mucho que nuestro filósofo diga en este

(1) SHAFTESBURY, *Characteristics of men*, t. I, p. 322, 329.

punto todo su pensamiento; se ve que guarda ciertos miramientos y contemplaciones; si se han de creer sus palabras, es ortodoxo, pero de una ortodoxia á la inglesa: respeta á la Iglesia porque es un establecimiento legal, y porque hasta la fe se ha exigido durante mucho tiempo en Inglaterra como condición para ser ciudadano inglés. Cuando se toma por punto de partida la libertad de pensar, no puede ya tratarse de revelación, á lo menos de revelación milagrosa, ni de misterios. El mismo Shaftesbury lo confiesa en un arranque de impaciencia: "No se dirá que el cristianismo es una especie de magia, dice, que no tiene nada de común con la razón y que la teme", (1). Si, el cristianismo tradicional es una verdadera magia, y hace bien en temer la razón, porque la razón y la fe revelada no se pueden entender.

Si la ortodoxia combate el deísmo en nombre de una fe milagrosa, por su parte los deístas tienen algún derecho á combatir la ortodoxia. Oigamos á un pensador más resuelto que Shaftesbury. Tindal no admite cristianismo milagrosamente revelado, y trata de probar que el verdadero cristianismo es tan antiguo como el mundo, muy anterior, por lo tanto, á lo que los ortodoxos llaman la Encarnación del Hijo de Dios, en cuyo supuesto la Encarnación no tiene razón de ser. ¡Sacrilegio! exclaman los devotos. Y Tindal les responde: "Los culpables del crimen que imputáis á los libres pensadores sois vosotros: ¿hay mayor sacrilegio que mutilar la obra de Dios? Pues eso es cabalmente lo que hacéis cuando atacáis la libertad de pensar en materia de fe. ¿Puede el hombre vivir sin pensar? ¿No es el pensamiento el que le distingue de los otros seres creados? Y ¿se concibe el pensamiento sin la libertad? Si se quisiese escoger un emblema de la libertad, ¿no se elegiría el pensamiento? Es tan libre que es imposible esclavizarlo; y se necesita que él mismo se someta á una servidumbre voluntaria para que deje de ser libre. ¿Qué hacen, pues, los ortodoxos combatiendo el libre pensar? Combaten á la razón misma. Y ¿no es eso hacer la guerra á Dios, que nos ha dado la razón y la libertad para usar de ella, puesto que no sabríamos ejercitarla sin libertad?", (2).

(1) SHAFTESBURY, *Characteristics of men*, t. II, p. 172; t. III, página 261.

(2) TINDAL, *Christianity as old as the creation*, p. 180.